



<https://doi.org/10.53077/haal.v2i02.119>

Anna Cant, *Land without Masters: Agrarian Reform and Political Change under Peru's Military Government*. Austin: University of Texas Press, 2021, 248 pp. ISBN: 9781477322024.

“Campesino, el patrón no comerá más de tu pobreza” y “Tierra para el que la trabaja” fueron los lemas de la reforma agraria peruana iniciada en junio de 1969. Una “tierra sin amos” (*land without masters*) era la promesa del gobierno del general Juan Velasco Alvarado (1968-1975) a la población campesina peruana. Para lograr su objetivo las haciendas debían ser desarticuladas y reemplazadas por una estructura cooperativa basada en las comunidades campesinas. La transformación social que supuso esta nueva política estatal fue tal que sus ecos, como bien señala la autora, pueden ser todavía escuchados en el ambiente político peruano actual. La reforma agraria funciona aun como referencia para el posicionamiento político. Insistir en la necesidad de la reforma es propio de la izquierda, definirla como la destrucción de la productividad del agro es de derechas. La propuesta de Cant es subvertir estas polaridades analizando la reforma agraria como un proyecto político en sí mismo, es decir, plantearlo como una propuesta de construcción de ciudadanía, que no solo incluyó la redistribución de la tierra sino también la total reestructuración de las relaciones de poder y la reeducación de los nuevos ciudadanos campesinos.

En los cinco capítulos que componen “Tierra sin amos”, Anna Cant busca llenar un vacío en la producción intelectual sobre la reforma agraria. Como en otros eventos históricos de grandes repercusiones sociales, por ejemplo, la Revolución Cubana, la mayor parte reflexiones fueron hechas en los primeros años y tienden a caer en polarizaciones poco productivas para el análisis académico. En el caso de la reforma agraria peruana, la polarización se centra en el “fracaso” o “éxito” de la redistribución de tierras y en las consecuencias para la productividad de la agricultura, la economía campesina y las desigualdades en el campo. El mismo gobierno de Velasco participó y alentó esta polarización, insertando la reforma en una narrativa colectiva, una “historia del pueblo peruano”, en la cual los campesinos eran luchadores sociales que, apoyados por el gobierno revolucionario, lograron retomar sus tierras.

En los últimos años la producción académica sobre la reforma agraria ha empezado a salir de esta polarización buscando explorar de manera más precisa las relaciones entre el Estado y las comunidades campesinas. Como una forma de superar este entrampamiento, Cant escoge el

análisis regional. Son tres las regiones las que examina: Cusco (en la sierra sur), Piura (costa norte) y Tacna (costa norte). En la argumentación del libro, cada una representa una estructura agraria diferente: Cusco, el centro de la actividad política campesina (en particular el valle de La Convención, bajo el liderazgo de Hugo Blanco), donde predominaban las haciendas tradicionales. Esta situación contrasta con Piura, donde grandes latifundios agroexportadores, en este caso de algodón, crearon algo cercano al proletariado rural y en los que las demandas se centraban más en condiciones laborales que en repartición de tierra. Finalmente, Tacna, que no tiene ninguna de estas estructuras, como caso de control. Cada capítulo trata un aspecto diferente de la reforma agraria y, dentro de ella, el análisis regional se hace de manera separada para al final realizar conclusiones más generales. El contraste entre la situación nacional y la realidad regional decididamente enriquece en análisis, al permitirnos ver aspectos concretos de la reforma sin perder de vista cuestiones más globales.

En la introducción, y esto es visible en las fuentes utilizadas, la autora resalta la falta de apoyo estatal a los archivos regionales, así como al Archivo Nacional. Como es conocido por investigadores peruanos, aunque el gobierno de Velasco confiscó documentación de las haciendas y latifundios expropiados, esta no se encuentra disponible para los investigadores en el archivo en Lima. Importantes fondos documentales, como las agendas y documentos de los Consejos de Ministros de Velasco se encuentran en fondos privados, y muchos grupos documentales se encuentran dispersos en distintas dependencias del Estado. Aún más, los archivos regionales trabajan bajo presupuestos mínimos y con poca direccionalidad: existen casos de documentación destruida por falta de espacio (Cant menciona el caso de Piura como ejemplo) o simplemente nunca catalogada por falta de personal adecuado. Al no existir una colección en particular en la cual centrar su investigación, la autora utiliza una variedad de fuentes: periódicos, normativas locales, panfletos, entre otros. Todo ello es complementado por entrevistas a personajes claves, tanto a nivel local como a nivel regional. Como sugiere Cant, hacer la historia de la reforma agraria en el Perú es una tarea que conlleva la creación de su propio archivo. Este argumento es destacable, no sólo por los problemas materiales para formar un archivo, sino también porque explica de alguna manera los problemas para avanzar en la producción académica sobre el tema.

En el análisis de Anna Cant, la reforma agraria, en tanto proyecto político, tiene dos ejes fundamentales: la reforma educativa y el SINAMOS, “Sistema Nacional de Movilización Social”. La reforma educativa fue parte fundamental de la transformación de los indígenas campesinos en ciudadanos con plenos derechos. En los lineamientos del gobierno, la educación jugaba un rol central en transformar la sociedad peruana al cuestionar los patrones de poder existentes. Una masiva campaña de alfabetización, instrucción para las nuevas cooperativas agrarias, y una transformación global de educación, que incluían la reivindicación de la cultura indígena, en todos los niveles eran parte clave del plan de gobierno velasquista. Los programas educativos, como señala Cant, eran una “oportunidad para proyectar la visión del gobierno de un nuevo Perú” (p. 84). Es importante recordar que hasta 1979 el derecho al voto estaba restringido a

quienes sabían leer y escribir (en castellano) y en ese sentido la masiva campaña de alfabetización se entendía como una forma de alterar el balance de poder en el campo. Siguiendo las tendencias de educación radical del continente, las iniciativas estatales buscaban “elevar la conciencia” del campesinado para que fuese agente de su propio destino.

SINAMOS, cuyo nombre (no casualmente) remite al lema de la revolución, fue el organismo central de organización y participación ciudadana. Su objetivo central, como bien explica Cant, era trabajar con las políticas nacionales y “traducir su mensaje a un discurso significativo a nivel local”. Propaganda y organización de base fueron las herramientas principales de esta nueva institución. Sin duda alguna, este es el capítulo más logrado del libro. SINAMOS y su rol fundamental en el gobierno velasquista son de sentido común entre historiadores peruanistas, pero el accionar de esta organización no ha sido objeto de estudios sistemáticos. El trabajo de Cant en las regiones da una idea clara de la “mística” (idea muy difundida ente la izquierda en este periodo) que rodeaba al proyecto y proporciona ricos detalles sobre cómo funcionaba realmente la organización, su relación con otras instancias de gobierno y su efecto en la política local y nacional. SINAMOS promovía, entre otros cambios, la revaloración de la cultura indígena (por ejemplo, al utilizar la iconografía representando al líder indígena Túpac Amaru II), lo que es evidente en el análisis de panfletos y posters, y fomentaba que la ciudadanía se organice. Para Cant, y a pesar de las tensiones con otros organismos regionales (como el Ministerio de Agricultura), SINAMOS logró transformar las “dinámicas de la política rural”.

SINAMOS, y de allí quizás su importancia para el argumento final del libro, encarna las contradicciones fundamentales del gobierno velasquista: una institución que promueve la organización de base en medio de un gobierno nominalmente autoritario. La misma dinámica se puede observar en la reforma educativa: al promover una organización horizontal, íconos revolucionarios y en general una retórica de lucha por la justicia social y la revalorización de la participación popular, el gobierno abrió espacios de movilización política con los que luego no podrá negociar. Como explica “la promoción (...) de las ‘voces de los campesinos’ crea nuevas oportunidades para la participación política” (p.140) para luego explicar cómo, al no poder controlar la narrativa o las acciones de los grupos campesinos, su accionar se torna cada vez más autoritario. Aquí, la autora no lleva el argumento hacia una de sus conclusiones lógicas, a saber, que es precisamente esta contradicción la que no solo termina por acabar con el régimen, sino que influye decisivamente en la memoria histórica del periodo. Como indico al comienzo, el gobierno de Velasco es recordado o como un proyecto autoritario de despojar a los hacendados de su propiedad privada o como una necesaria (e incompleta) transformación social—ambas posturas pueden explicarse en la contradicción creada por el propio gobierno.

La reflexión final de *Land without Masters*, es que, es imposible comprender la reforma agraria —hasta este momento tratada como un tema casi exclusivamente económico— sin comprender el contradictorio proyecto político detrás. Anna Cant busca que esta reflexión sea

aplicada a otros contextos también: las transformaciones económicas en el continente no pueden ser entendida sin una transformación de las estructuras políticas.

Cayetana Adrianzen Ponce

New York University

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3463-3530>

